



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

LOS HOMBRES INVISIBLES

MARIO MENDOZA



Planetalector

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Diseño de cubierta: © Juan Pablo Cadavid / © Óscar Abril Ortiz /
©Alejandro Amaya R.

© Mario Mendoza, 2007

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6221-9

ISBN 10: 958-42-6221-1

Primera impresión en esta edición: agosto de 2017

Segunda impresión en esta edición: junio de 2018

Tercera impresión en esta edición: marzo de 2019

Cuarta impresión en esta edición: agosto de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S.A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

MARIO MENDOZA (biografía)

Nació en Bogotá en 1964. Con el libro de cuentos *La travesía del vidente*, editado por Planeta, obtuvo en 1995 el Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá. En 2002, ganó el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral con la novela *Satanás*. En 2004 publicó el libro de cuentos *Una escalera al cielo*. Ha publicado las novelas *La ciudad de los umbrales* (1992), *Scorpio City* (1998), *Relato de un asesino* (2001), *Cobro de sangre* (2004), *Los hombres invisibles* (2007), *Buda Blues* (2009), *Lady Masacre* (2013) y *La melancolía de los feos* (2016). También ha incursionado en la no ficción con *La locura de nuestro tiempo* (2010), *Apocalipsis* (2011), *La importancia de morir a tiempo* (2012), *Paranormal Colombia* (2014) y *El libro de las revelaciones* (2017).

*Mi centro artístico está en mi cerebro, en ningún otro sitio,
y soy fuerte porque los demás nunca me desvían y hago lo que
siento dentro de mí... Nada impedirá que me marche, y esta vez
será para siempre...*

PAUL GAUGUIN

CONTENIDO

Capítulo I. Los nuevos apóstoles	11
Capítulo II. Padre, Padre, ¿por qué me has abandonado?	54
Capítulo III. Hay otros mundos.....	88
Capítulo IV. El llamado de la oscuridad	155
Capítulo V. ¿Hacia dónde me conduces?	207
Capítulo VI. Tehura	249
Capítulo VII. La tribu de los hombres invisibles	308
Epílogo	369
Nota del autor	385

Capítulo I

LOS NUEVOS APÓSTOLES

¿Cuándo empieza realmente una historia? ¿En qué instante preciso la realidad parece cambiar de forma, de figura, y entonces uno sabe que ha sido lanzado a una serie de acontecimientos que le modificarán la vida para siempre? En este caso, la historia comienza con unas piezas sueltas que poco a poco fueron conformando un rompecabezas que me dejó en el borde peligroso de un abismo. En un principio no distinguí ningún dibujo en particular, pero semanas después las líneas, las curvas y los colores de las piezas me mostraron un destino extraño y salido de lo común. Y, sin planearlo, me convertí en un viajero que tuvo que recorrer parajes agrestes y pueblos desconocidos para ser testigo de uno de los secretos mejor guardados en todo el continente: la existencia de la mítica tribu de los hombres invisibles.

La primera noticia fue como un puñetazo en la nariz: mi padre me llamó por teléfono y me anunció su deseo de

internarse en una casa para ancianos solitarios y desamparados. Se sentía sin fuerzas, débil, y me dijo que se aburría de ver pasar los días encerrado en su apartamento, sin amigos y sin una familia que le hiciera compañía y lo cuidara cuando tenía una gripe o un dolor de estómago.

—Me tienes a mí —dije sin mucha convicción y con algo de culpa en la entonación de la voz.

—Tú vives ocupado en tus asuntos —comentó el viejo tranquilo, sin recriminaciones de ninguna clase—. Sabes que no me gusta molestarte.

—Pero puedes contar conmigo cuando me necesites.

—Ya estoy muy achacoso. No tiene sentido esclavizar a alguien a mi lado. Prefiero pagar y que me atiendan como debe ser.

Le esgrimí dos o tres argumentos en contra de su decisión (estar entre viejos enfermos y quejumbrosos lo iba a deprimir aún más, perdería libertad y autonomía, no podría salir a tomarse un café ni meterse en una sala de cine cuando le diera la gana), pero mi padre insistió en que no podía más y en que ya tenía incluso contactada la institución en donde pensaba internarse.

—No puedo impedírtelo —dije con una tristeza que me agobiaba.

—Quería pedirte un favor. Ya tengo todo listo, sólo que no me atrevo a llegar el primer día así, como si fuera un vagabundo con mis dos maletas al hombro.

—Yo te acompaño, no te preocupes.

—¿El miércoles de la próxima semana te queda bien?

—Cuando tú digas.

—Te espero entonces el miércoles a las diez de la mañana.

Colgué y sentí que una depresión honda y amarga me invadía el cuerpo entero. Me imaginé al viejo caminando por su apartamento en bata, sin afeitarse, preparándose su comida con esa parsimonia nostálgica que tienen las personas ociosas que pasan los días desde el amanecer hasta el anochecer sin hacer nada. En su juventud había sido un hombre activo, un trabajador incansable, pero con los años se había ido encerrando hasta el punto de terminar viviendo como un monje de clausura en un monasterio apartado, lejos de la humanidad, en las montañas, retirado de cualquier posible contacto con la civilización. Los libros y la televisión eran sus únicas distracciones. Él mismo lavaba su ropa, tendía la cama, cocinaba, y una vez al mes iba una empleada del servicio doméstico a limpiar los baños, barrer el piso, abrir las ventanas, sacudir el polvo y ordenar un poco el apartamento. Esa visita, quizá, era para él un acontecimiento. Lo imaginé calculando los días para la llegada de esa mujer, que seguramente le alegraba el ánimo contándole sus intimidades y pidiéndole consejos.

Yo lo visitaba muy de vez en cuando. Habíamos descubierto que cada vez teníamos menos cosas de qué hablar, y esa distancia nos dolía a ambos, nos hacía daño, pero no podíamos evitarla. En mi adolescencia y mi primera juventud había estado cerca de él, como un buen amigo, como un compinche que disfrutaba de verdad de su camaradería

y su complicidad. Pero después él había bajado la guardia, se había alcoholizado, se había aburrido con la cercanía de familiares y amigos que lo querían y lo respetaban por su honestidad y su simpatía, y terminó al fin como un anacoreta, buscando el silencio y la soledad más absolutos. Semejante postura era rara pero respetable. Lo curioso es que nunca dio una explicación, nunca quiso hablar sobre ello ni comentar las causas de una decisión tan implacable. Y ahora parecía que estaba cansado y que extrañaba a sus viejos amigos y a su familia (sus hermanos, sus sobrinos, yo).

El miércoles llegué a su apartamento a las nueve y cuarto de la mañana. Tenía dos maletas listas y una caja mediana atiborrada de libros y revistas.

—¿Qué vas a hacer con esto? —pregunté señalándole el lugar.

—Lo arrendé con los muebles incluidos —aclaró, sin darle mucha importancia a la cuestión.

—¿Y los otros libros?

—Aquí se quedan. La persona que alquiló el apartamento es de la universidad. Sólo me llevo los que más me gustan.

—¿Y estás bien de plata?

—Con la pensión, más el canon de arrendamiento y los intereses de mis ahorros, tengo de sobra. No me hará falta nada.

Le eché un vistazo a ese lugar que había sido el hogar de mi padre durante los últimos años. En la atmósfera se

respiraba un aire de escasez, una falta de plenitud y de generosidad consigo mismo. Mi padre había sufrido mucho a causa de la pobreza en su infancia, era uno de esos hombres que tenían detrás de sí un niño y un adolescente llenos de carencias y necesidades. Algunas de estas personas convierten la pobreza en un temor permanente, una especie de pánico que no les permite vivir en la abundancia. Confunden el ahorro con la avaricia y en consecuencia se pasan la vida gastando lo que es apenas indispensable, contando monedas, andando con los pantalones descosidos y con los zapatos rotos. No van a restaurantes jamás, ni a hoteles, ni a cine, ni a teatro, ni cogen un taxi aunque estén enfermos o accidentados. Todo eso lo consideran lujos innecesarios, gastos inútiles de dinero. Pasan años enteros con la misma ropa, los mismos pares de zapatos, el mismo reloj, y sólo cambian el cepillo de dientes cuando ya las cerdas están destrozadas y diminutas.

Recuerdo haber visitado un día la casa de un señor español de edad avanzada, uno de esos viejos sabios que han pasado media existencia metidos entre sus libros. Almorzamos un filete pequeño de carne, una porción de ensalada y una limonada. No me atreví a confesarle que estaba muerto de hambre porque supuse que el anciano pasaba por un mal momento de tipo económico. Pero cuando, por pura casualidad, entré en la alacena (confundiéndola con un baño), me quedé atónito: estaba atiborrada desde el piso hasta el techo de latas de verduras, atún, aceitunas, jamones, sardinas, frijoles y un sinfín de alimentos más,

tanto nacionales como importados. Mi profesor enrojeció y dijo a media voz:

—Uno nunca sabe cuándo vuelva a comenzar otra guerra.

Entonces lo entendí todo: él había sufrido en carne propia los rigores y las largas hambrunas de las guerras europeas, y vivía con el miedo de que ese dolor y esa penuria lo estuvieran esperando día a día a la vuelta de la esquina.

Pues bien, mi padre tenía esa forma de pensar que podríamos catalogar como «psicología de la indigencia inminente», y por lo tanto su manera de vestir, sus maletas y su casa despedían ese aire de mezquindad tan característico en esta clase de personas que por andar defendiéndose de la pobreza andan el resto de su vida como pordioseros, lo cual no deja de ser una extraña contradicción. Sin embargo, observé con algo de nostalgia sus muebles de segunda, los tapetes comprados en algún almacén de rebajas y promociones, la cama barata y de pésima calidad, y sentí que iba a extrañar esa cueva austera escondida en el centro de la ciudad. Seguramente la persona que habitara ese lugar tendría que pintarlo, remodelarlo y comprar muebles y vajilla nuevos para suprimir el aire de dejadez y de abandono que se respiraba por todas partes.

Luego tomé las maletas y bajamos las escaleras.

Llegamos a La Casa del Abuelo en cuarenta y cinco minutos: era una vieja edificación de dos pisos en la calle 127 con la carrera novena. Había cuatro ancianos (incluyendo a mi padre) y dos ancianas que vivían en las habitaciones

del segundo piso, dos enfermeras permanentes (cambiaban de turno cada ocho horas), un médico que iba todos los días a revisar a los huéspedes, dos empleadas encargadas del aseo y la limpieza, el director, una cocinera y un ama de llaves que estaba pendiente de que la casa funcionara a la perfección. En el primer piso había también una sala de juegos y televisión, una biblioteca en la parte de atrás, cerca del patio, y un comedor amplio para doce personas. El sitio despedía un olor agradable, y tanto los trabajadores como los otros internos saludaron a mi padre con amabilidad e incluso con cierta íntima familiaridad. Menos mal que la escena no tuvo esas dosis de sordidez y tremendismo que suelen dejarlo a uno con el ánimo por el piso. La despedida fue muy natural:

—Bueno, tú tienes que irte, Gerardo, ya te robé mucho tiempo —me dijo mi padre apenas terminó de ordenar su ropa en el armario.

—¿Te hace falta alguna cosa?

—Nada, no te preocupes.

—¿Comentaste tu adicción al alcohol?

—Fui muy claro en ese punto. Me van a dar un ansiolítico todos los días. No sé aún cuál será la dosis.

—De cualquier modo, yo te estoy llamando por teléfono...

El viejo me abrazó con fuerza, me dio un par de palmadas en la espalda y susurró en voz baja:

—Ven a verme, no te olvides de mí.

Sentí un nudo en la garganta, asentí con la cabeza y salí a la calle. Una llovizna fina y helada me acarició el rostro mientras subía a la carrera séptima. Me pregunté por qué los tiempos nunca encajan de manera correcta entre padres e hijos. Cuando estamos pequeños y débiles, y necesitamos su comprensión y su ternura, ellos se encuentran en la plenitud de sus fuerzas, son arrogantes y déspotas y creen tener toda la vida por delante. Luego nos vamos de casa, nos alejamos, vivimos por lo general una existencia basada en confusiones y en errores, y ellos mientras tanto nos observan desde la distancia con una cierta pose de falsa superioridad y sintiéndose muchas veces culpables de nuestros fracasos. Después, cuando ya hemos adquirido la experiencia suficiente y estamos listos para compartir, ellos no dan más, se retiran del escenario o se van derecho a la tumba. Es imposible sincronizar nuestros ritmos con los de ellos. Sólo en la gestación y en la muerte estamos a su lado de verdad.

Caminé por la carrera séptima hacia el sur. La llovizna se había transformado en gruesas gotas de agua que castigaban sin clemencia lo que iban encontrando en su caída vertiginosa. Quien no ha caminado así, pegado a las montañas, melancólico, con los nubarrones encima y con un aguacero siguiéndole los pasos, no conoce el rostro más auténtico de Bogotá. Atravesé Usaquén, Santa Ana, la Escuela de Caballería y llegué al puente de la calle 100. Allí la carrera séptima se empina en una ligera subida y el viento baja de los cerros helado, glacial, cortante. Iba pensando en el miserable final que se le avecinaba a mi padre. Después de ser un hombre inteligente y simpático, fuerte y atractivo

para las mujeres, había trastabillado en el camino, se había quedado cojo y estaba llegando a la meta con muchas horas de retraso y con todo su ser hecho una miseria. ¿Qué diablos le había sucedido? ¿Cómo había podido pasarle una cosa semejante? ¿De qué manera había extraviado durante la marcha su fe, su alegría y su esperanza? Me dije entonces que la vida es la actividad que exige el máximo grado de atención, de cuidado y de vigilancia. La mayoría de las veces vamos hacia adelante como empujados por las circunstancias, sin tomar decisiones, impulsados por las ideas y las acciones de los otros, sin concientizarnos del trayecto. Cumplimos con un libreto que alguien escribió para nosotros sin preguntarnos si el papel nos gustaba o no. Y cuando despertamos ya es tarde, la obra está a punto de terminarse, nos duele todo el cuerpo, tenemos mareo y no hay forma de cambiarnos de función. No basta con vivir, es preciso verse vivir y corregir cualquier movimiento en falso que realicemos. Si el rol no está escrito por nosotros mismos y no nos satisface, la solución es simple: paramos la representación, le agradecemos al público su presencia, mandamos al director al quinto infierno y nos salimos a la calle a aguantar hambre si es el caso. Porque es preferible un final trágico a uno mediocre, baboso y sin carácter.

Giré la cabeza a mano derecha y vi, por entre la neblina y los hilos de agua que seguían golpeando la ciudad con determinación, el Museo del Chicó, los lagos, las flores y los prados recién arreglados, y los columpios, las ruedas y los troncos vacíos y sin niños. Me acerqué a una cabina telefónica, introduje una moneda de doscientos pesos y

marqué a la casa de mi madre. Me contestó la empleada del servicio:

—¿Diga?

—Erminda, soy yo, Gerardo.

—Siquiera llama el señor, lo he estado buscando por todas partes.

—¿Qué pasó?

—Tocó volver a internar a su mamá.

—¿Qué?

—Sí señor, se la acaban de llevar.

—Pero ¿qué fue lo que pasó?

—No pegó el ojo en toda la noche y a la madrugada se salió para el patio a esperar mensajes extraterrestres. Usted ya sabe cómo es ella.

—Pero venía bien —dije recordando una llamada y una visita que le había hecho en el transcurso de la semana.

—Sí señor, pero anoche se empeoró.

—¿Se estaba tomando la droga?

—Eso dice ella.

—Quién llamó a la clínica, ¿usted?

—Sí señor, así como la otra vez.

—¿Se la llevaron a la Montserrat?

—Hace dos minuticos, señor.

—¿Fueron necesarios los enfermeros? —dije con miedo en la voz, gritando en medio del aguacero—. ¿Utilizaron la camisa de fuerza?

—No señor, ella se subió solita.

Un pito me anunció que era necesario echar otra moneda en la ranura. Busqué pero no tenía.

—Gracias, Erminda, voy para la clínica —alcancé a decir antes de que se cortara la comunicación.

Crucé la avenida, me ubiqué en el andén oriental de la carrera séptima y tomé un taxi hacia el norte. Bajamos por la calle 134 y nos detuvimos en el semáforo de la avenida 19, justo frente a la clínica. Pregunté por mi madre en la recepción y una enfermera me dijo que tuviera paciencia, que me sentara en la sala de espera y que en unos veinte minutos me darían un informe sobre el estado de salud en el que ella se encontraba. No tuve más remedio que hundirme en un sillón de cuero hasta que alguien se acordara de mi nombre y de mi preocupación.

Entretanto bajaron de una ambulancia a una muchacha de unos dieciocho años, la entraron entre gritos y órdenes médicas a la sala de urgencias, y una señora de unos cuarenta o cuarenta y cinco años que parecía su madre se quedó en el corredor, muy cerca de mí y de otras tres personas que mirábamos la escena con estupor. Un hombre con los ojos hundidos y una barba incipiente (sentado frente a mí) le preguntó a la señora:

—¿Su hija?

—Sí señor —contestó ella limpiándose las lágrimas que le rodaban por las mejillas.

—¿Somníferos? —el tono del hombre era erudito, como si fuera un experto en suicidios y envenenamientos.